

HISTORIA NACIONAL. Biografía i viaje de Hernando de Magallanes al Estrecho a que dió su nombre, por el miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana.—Comunicacion del mismo a la espresada Facultad. ()*

CAPÍTULO VI.

Magallanes manda hacer un reconocimiento al sur de la bahia de San-Julian.—Navegacion de Juan Serrano con este objeto.—Reconoce el rio de Santa-Cruz.—Su naufragio.—Magallanes socorre a los náufragos, que vuelven a reunirse.—Exploracion al interior.—Se dejan ver algunos habitantes de aquellas rejiones.—Su aparente diformidad.—Relaciones de Magallanes con los patagones.—Combate de los castellanos con los patagones.—Magallanes sale del puerto de San-Julian.—Una tempestad lo obliga a recalar al rio de Santa-Cruz.—Continúa la navegacion.—Avista el cabo de las Virjenes.—Dos naves se adelantan a hacer una esploracion.—Entrada al estrecho.

Restablecida la obediencia en la escuadrilla expedicionaria, i habiendo calmado algo las lluvias, Magallanes determinó mandar hacer reconocimientos en las costas vecinas para buscar el deseado estrecho. La inacción a que se veía reducido por los rigores del invierno, i las constantés tormentas de aquellos mares, lo tenia talvez mas desasosegado que los temores de nuevas sublevaciones, contra las cuales habia hallado un remedio tan eficaz. Mediante la actividad del navegante portugués, en los últimos dias de abril estuvo todo pronto para practicar un reconocimiento al sur de la bahia de San-Julian.

Juan Serrano fué elegido para dirigir esta operacion. La nave que éste mandaba, la *Santiago*, quizá por que era la carabela menor de la escuadrilla, fué destinada para este objeto. Magallanes encargó al capitán Serrano que navegando a lo largo de la costa hácia el sur, buscasse el estrecho que debia hallarse cercano. El explorador, sin embargo, no podia alejarse mucho del resto de la escuadra: si no encontraba el estrecho a cierto número de leguas, debía volverse a San-Julian a reunirse a sus compañeros.

Felices fueron los primeros dias de navegacion. Serrano siguió costeano cerca de veinte leguas, hasta que el 3 de mayo se halló en la boca de un rio, cuya anchura de mas de una legua le hizo creer talvez que era la entrada del estrecho buscado. En conmemoracion de la fiesta que en ese dia celebra la iglesia, Serrano lo llamó de Santa-Cruz, nombre que hasta hoy ha conservado ese rio. Allí se

(*) Véase la entrega correspondiente al mes de enero de 1863, tomo XXII, página 163 de los *Anales*.

estuvo seis días reconociendo la costa, pescando, i cazando lobos marinos que se encontraban en gran abundancia, i de un tamaño desconocido hasta entónces por los navegantes castellanos. Estos no se descuidaron de señalar en sus relaciones del viaje que uno de estos animales, despojado del cuero, de la cabeza i de la grasa, pesaba diez i nueve arrobas (1).

Convencido de que allí no estaba el estrecho que buscaba, Serrano siguió su viaje al sur sin separarse mucho de la costa. Apenas había navegado algunas leguas cuando se vió detenido por los temibles temporales, tan frecuentes en aquellos mares. El 22 de mayo cargó el viento con gran furor, reduciendo á jirones las velas de la nave. El timon fué arrancado por las olas; i la nave misma, arrastrada por el viento, fué a vararse a la costa. Felizmente, la playa era baja, i pudo encallarse la proa dando tiempo a que la tripulacion, en número de treinta i siete hombres, bajase a tierra. Solo un negro, esclavo de Juan Serrano, se ahogó en aquel conflicto (2). La nave, destrozada por las olas, se fué a pique en pocos momentos, sin que los castellanos hubieran podido salvar cosa alguna de su carga.

Ocho días pasaron los náufragos en aquel lugar sin saber a que arbitrio recurrir para reunirse a sus compañeros que habian quedado en la bahia de San-Julian. Faltos de otro alimento que las lapas que encontraban en las rocas de la costa, resolvieron al fin emprender el viaje por tierra. Cargaron para ello las tablas de la nave, que el mar habia arrojado a la playa, a fin de construir una balsa que les sirviera para pasar el rio de Santa-Cruz. La distancia que los separaba de este rio era apenas de seis leguas; pero estenuados por la fatiga i desprovistos de otro alimento que las yerbas que cojian en la marcha, los náufragos tardaron cuatro días i se vieron obligados a abandonar una parte considerable de la madera que conducian. Al fin llegaron a las orillas de aquel rio que les ofrecia abundantes recursos de pesqueria; i allí construyeron una pequeña balsa en que pudieron pasar dos hombres a la ribera opuesta para seguir su marcha hasta el puerto de San-Julian. Todavía tardaron once días en este viaje. Alimentábanse de yerbas silvestres i de mariscos crudos;

(1) Herrera, Dec. II Lib. IX, cap. XIII.

(2) La fecha de este suceso, i la pérdida del esclavo de Serrano consta de las listas de las personas que perecieron en la expedicion. Herrera, que en el libro i capítulo citados da las mejores noticias del naufragio, refiere equivocadamente que no pereció nadie en él.—Maximiliano Transilvano refiere este naufragio i la muerte del esclavo como ocurridos en agosto, cuando Magallanes reconocia aquellas costas con su escuadrilla. El mismo error ha copiado Vargas Ponce en la relacion del *Viaje de Santa-Maria de las Cabezas*, pág. 189.

i sufrieron tantas fatigas i penurias que al presentarse a Magallanes, ni éste ni sus compañeros los podian reconocer.

El jefe de la expedicion no se abatió por este nuevo contraste. El mar continuaba borrascoso: tempestades frecuentes i prolongadas no permitian a los marinos prestar a sus compañeros un auxilio pronto i eficaz; pero Magallanes dispuso inmediatamente que salieran por tierra veinte hombres cargados de pan, vino i otros bastimentos, i que fueran a buscar a Serrano i los náufragos a las orillas del rio de Santa-Cruz. Los castellanos vencieron las dificultades que les oponian la aspereza de los campos que atravezaban i los rigores de la estacion. Se vieron obligados a derretir el hielo para proveerse de agua; i para socorrer cuanto ántes a sus compatriotas, marchaban de prisa por campos desiertos, sembrados de rocas a veces, o cubiertos de escarcha i de nieve. Llegaron al fin al rio de Santa-Cruz donde los esperaban Serrano i los suyos, macilentos, estenuados de fatiga. Allí tardaron todavia dos dias en pasar el rio en la pequeña balsa que habian coñstruido anteriormente. Los castellanos aprovecharon este retardo en explorar el sitio del naufragio i en recojer los restos de la nave i de la carga que el mar habia arrojado a la ribera (3). Solo entónces dieron la vuelta a la bahia de San-Julian. Las penalidades de la marcha se repitieron entónces; pero superiores a tanto padecimiento, los exploradores se reunieron al jefe de la expedicion sin perder un solo hombre.

Magallanes distribuyó a los náufragos de la carabela en las otras naves de la escuadrilla. Juan Serrano, que se habia hecho notar por su fidelidad, i que aun en medio de aquel contratiempo habia desplegado gran enerjía, fué nombrado capitan de la *Concepcion*. Pero lejos de acometer nuevas empresas de exploracion en aquellos mares, Magallanes se resolvió al fin a no salir de la bahia mientras los rigores de la estacion ofrecieran algun peligro. Se ocupó sí en refaccionar las naves, para lo cual levantó en tierra una pequeña casa de piedra en que estableció la herrería de su maestranza. Era tan intenso el frio que allí se espermentaba que tres de los trabajadores perdieron las manos. A pesar de esto, el jefe expedicionario trató de hacer un reconocimiento en el interior del país. Cuatro hombres bien armados fueron enviados con este objeto. Debian llegar hasta treinta leguas tierra adentro, plantar una cruz, i entablar relaciones con los habitantes de aquellos lugares si los hallaban, i si la tierra ofrecia

(3) Herrera, Dec. 2 Lib. IX, cap. XIII.—Carta citada del contador Lopez de Recalde.

socorros de víveres i bastimentos. Los exploradores, faltos de agua i de alimentos, que no hallaron en su marcha, volvieron a San-Julian avisando que el país parecia enteramente despoblado.

Mucho tiempo pasaron los castellanos en este puerto, sin ver un solo habitante de aquellas rejiones. Creían ya que la tierra era despoblada, cuando divisaron en los arenales de la costa un hombre casi desnudo, de figura gigantesca, que cantaba i bailaba echándose arena en la cabeza (4). Magallanes mandó a tierra a un marinero, con orden de hacer los mismos movimientos, como una muestra de amistad i de paz. El gigante pareció aceptar estas proposiciones, i pasó a un islote donde habia desembarcado el jefe de la escuadra. Su sorpresa a la vista de los españoles no se podia ocultar. Levantaba el dedo como si quisiera decir que los extranjeros venian del cielo.

No era menor la sorpresa de los españoles. Por una singular inclinacion a ver en todas partes algo de maravilloso, mui natural en los aventureros del siglo XVI, los compañeros de Magallanes creyeron que ese hombre fuerte, grande, membrudo que tenian delante, formaba parte de alguna tribus de gigantes hasta entónces desconocida de los europeos. "Este hombre era tan grande, escribia el historiador de la expedicion, que nuestra cabeza alcanzaba apénas a su cintura. Era de una hermosa estatura: su rostro era ancho i teñido de rojo, los ojos estaban rodeados de amarillo, i en sus mejillas tenia dos manchas en forma de corazón. Sus cabellos, que eran mui reducidos, parecian emblanquecidos con algun polvo. Su vestido, o mejor dicho, su capa, era hecha de cueros de un animal que abunda en este país. Este animal tiene la cabeza i las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo i la cola de caballo, i relincha como éste" (5).

Los compañeros de Magallanes creyeron como Pigafetta que aquel hombre era un gigante. Los viajeros que posteriormente visitaron esos países repitieron las mismas noticias acerca de la estatura de aquellos salvajes (6); i aun los sabios modernos que los examinaron con toda detencion, estuvieron a punto de dejarse engañar por las apariencias. "No debemos disimularnos, dice D'Orbigny, que nosotros mismos nos hemos engañado por las apariencias al aspecto de esos

(4) El capitán Cook observó que los indígenas de la isla de Malicolo, se echaban agua en la cabeza en señal de paz: *Voyage dans l'hémisphere austral* tom. III cap. III, pag. 88 (Paris 1773) La misma costumbre habia observado Dampierre entre los habitantes de la costa occidental de la Nueva Guinea.

(5) Pigafetta, *Viaggio* etc. lib. I.—El animal que tan imperfectamente describe el viajero italiano debe ser el guanaco.

(6) Véase la ilustracion, num. V.

hombres. El ancho de sus espaldas, su cabeza desnuda, la manera como se cubren de la cabeza a los piés con capas de pieles de animales salvajes cocidas de una sola pieza, nos hacian tal ilusion, que ántes de medirlos los habriamos tomados por hombres de una talla extraordinaria, miéntas que la observacion directa los reducía al órden comun. ¿No han podido dejarse influenciados otros viajeros por las apariencias sin buscar como nosotros la verdad por medio de medidas exactas?" (7).

Magallanes recibió afablemente al salvaje. Mandó darle de comer, i que le pusieran delante un espejo grande de acero que le causó gran sorpresa i admiracion. "El gigante, que no tenia la menor idea de este mueble, i que sin duda veía por primera vez su propia figura, retrocedió tan espantado que echó al suelo a cuatro de nuestros hombres que estaban detras de él" (8). Despues de hacerle algunos obsequios, Magallanes mandó dejarlo en tierra haciéndolo acompañar por cuatro hombres armados.

No tardaron en presentarse otros salvajes. Alentados sin duda por la esperanza de obtener obsequios semejantes a los que recibió el que habia estado a bordo, manifestaron sus deseos de visitar las naves. Los españoles los recojieron en la chalupa i los transportaron a la *Trinidad* para que los conociera el capitan de la espedicion. Magallanes los recibió con la misma afabilidad, haciéndoles servir una comida ordinaria, pero abundante que los salvajes devoraron en un momento. Despues de comer i de visitar las naves, hicieron señas de que querian volver a tierra; i el capitan los mandó dejar en la chalupa (9). Los españoles, maravillados de la aparente disformidad de aquellos naturales, i sobre todo del gran tamaño de sus pies, les dieron el nombre de patagonés, con que son conocidos hasta ahora (10).

Las visitas de los indíjenas continuaron todavia. Uno de ellos, que

(7) D'Orbigny, *L'homme américain*, tom. II, pág. 67. (Paris 1839).

(8) Pigafetta, *Viaggio etc.*

(9) Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XII..

(10) Oviedo, *Hist. de las Indias*, lib. XX, cap. VI.—Gómara, *Historia de las Indias*, cap. XCI, fol. 119 (Ed. de Amberes, 1554) Este último autor da algunas noticias referentes a los patagones, tomadas i exajeradas de las primeras relaciones de Pigafetta, que transcribimos en seguida: "Metia i sacávanse por el garguero una flecha para espantar a los extranjeros, a lo que mostravan, aunque disen algunos que lo usan para gomitir estando hartos, i cuando han menester las manos, o los pies. Trayan coronas como clerigo, i el de mas cabello largo, i trenzado como un cordel, en que suelen atar las saetas yendo a caza o guerra. Venian con abarcas, i vestidos de pellejas, i algunos mui pintados."—Buffon, transcribiendo un fragmento del viaje de Cavendish, extractado en la célebre coleccion inglesa de viajes de Harris, dice que segun ese viajero, "Magallanes nombró patagones a esos salvajes por que su estatura era de cinco codos, o siete piés seis pulgadas. No dice, agrega, en que lengua la palabra patagon espresa esa estatura." (*Oeuvres de Buffon*, tom. XII, pág. 395, ed. de 1831). Es curioso hallar estas equivocaciones en escritores de tanta altura.

parecía de carácter mas suave i sociable, permaneció varios dias en las naves, aprenció a pronunciar algunas palabras castellanas, i pidió que lo bautizaran. Los españoles le dieron el nombre de Juan Gigante, le hicieron diferentes obsequios de ropa, espejitos, chaquiras i otras bagatelas, i lo mandaron dejar en tierra, cuando así lo solicitó. Durante su permanencia en la nave, se comía o llevaba consigo los ratones que cazaban los marineros.

Tan grande fué la admiracion que causó en Magallanes la presencia de esos salvajes que, apesar de su firme propósito de no cargar su escuadrilla con bocas inútiles, concibió el proyecto de embarcar dos para presentarlos en España, a la vuelta de su viaje, como seres sobrenaturales. No tardó en presentársele la oportunidad que deseaba. Despues de haber pasado algunos dias sin ver un solo patagon, el 28 de julio, se acercaron a la ribera cuatro de los mismos que habian visitado anteriormente las naves. Magallanes los hizo transportar a bordo, i ahí apartó los dos que destinaba para llevar a España, permitiendo que volviesen a tierra los otros dos. (11) Nada podia hacerle sospechar que aquella visita de los indíjenas, que parecian tan dóciles i mansos, pudiera envolver algun peligro para sus compañeros.

En la noche, sin embargo, se hicieron sentir síntomas alarmantes. Hasta entónces, los marinos castellanos no habian distinguido chozas ni fogatas que les revelaran que aquellas tierras eran habitadas. Los pocos salvajes que se acercaban a la costa parecian miembros de alguna tribu que tenia su residencia a lo léjos; pero en la noche se dejáron ver ciertos fuegos en la ribera, como si hubiera llegado del interior una nueva partida de indíjenas. Al amanecer, Magallanes despachó siete hombres en reconocimiento. Los exploradores, sin embargo, no encontraron un solo hombre en el lugar donde habian visto aquellos fuegos. Quedaban solo los vestijios de su permanencia en aquel sitio i las cenizas de sus fogatas, que habian abandonado. Los salvajes habian huido dejando impresa su huella en la nieve, que cubria las llanuras inmediatas. No parecia natural que siete hombres mal armados se aventuraran en su persecucion: los castellanos, con todo, siguieron las huellas de los indíjenas durante todo el dia sin divisar uno solo. Cansados de tan inútil escursion, i temiendo que les sorprendiera la noche, resolvieron dar la vuelta a las naves, cuando

(11) Pigafetta refiere con circunstancias novelescas la prision de los dos patagones. Fué menester, segun él, ponerles grillos por engaño, haciéndoles entender de que se queria obsequiarles esos fierros i ponerselos en los piés para que pudieran llevárselos a tierra. *Primo viaggio*, lib. I. Gómara copia estos mismos pormenores.

se vieron acometidos por nueve patagones completamente desnudos i armados de flechas, que habian venido siguiéndolos a la distancia. En el momento se trabó el combate. Los españoles no tenian mas arma de fuego que un arcabuz: llevaban en cambio sus espadas para acuchillar a sus enemigos, i sus rodelas para defenderse de las flechas. La lucha fué encarnizada: un castellano, soldado de la nao *Trinidad*, llamado Diego Barrasa, cayó mortalmente herido; pero sus compañeros redoblaron su empeño, cargaron cuerpo a cuerpo a los enemigos i los pusieron en pavorosa fuga como tambien a sus mujeres que estaban reunidas en las inmediaciones. Los españoles hallaron en aquel lugar una abundante provision de carne medio cruda, que los salvajes i sus familias abandonaban en la fuga. Cargaron la que pudieron llevar consigo, i se retiraron a pasar la noche a un monte vecino, i a cenar al lado del fuego. El dia siguiente volvieron al puerto de San-Julian. La relacion de su correría, i mas que todo la pérdida de Barrasa, causaron en el ánimo de Magallanes una profunda impresion. Deseando vengarle, despachó veinte hombres al interior del pais; pero despues de ocho dias de inútiles escursiones, volvieron estos sin haber hallado un solo salvaje. Los espedicionarios no hicieron otra cosa que dar sepultura al cadáver de su camarada.

El cosmógrafo de la espedicion Andres de San Martin se ocupó, durante los dias que las naves permanecieron en aquel puerto, en hacer diferentes observaciones para medir la lonjitud segun el sistema que Rui Faleiro habia indicado en Sevilla. El 24 de agosto, estando ya todo dispuesto para el viaje, repitió sus observaciones i fijó la latitud de 49° 18, dato importante para continuar la navegacion comenzada.

Magallanes, en efecto, lo habia dispuesto todo para la marcha. Habia hecho en sus naves las reparaciones que se creian necesarias; i reservándose para sí el mando de la *Trinidad*, habia entregado el de las otras a hombres que le merecian plena confianza. Alvaro de Mezquita i Juan Serrano iban de capitanes de las naos *San Antonio* i *Concepcion* (12); i Duarte Barbosa, el cuñado de Magallanes, quedó al mando de la *Victoria* (13) Antes de levar anclas, el jefe de la espedicion mandó dejar en tierra, en cumplimiento de la sentencia dictada anteriormente, a Juan de Cartajena i al clérigo Pedro Sanchez de Reina, coñ una regular provision de galletas i vino. Los marinos castellanos se despidieron con gran lastima de aquellos desgra-

(12) Herrera, Dec. II, lib. IX, cap. XIII i XV.

(13) Barros, Dec. III, i lib. V, cap. IX.

ciados; pero no se levantó una voz en la escuadrilla para oponerse a la voluntad de su jefe, tan grande era el respeto que había sabido infundir despues del castigo de los amotinados. La escuadrilla salió al fin del puerto el 24 de agosto (14), despues de haberse confesado i comulgado todos los hombres que la componian.

Todo hacia creer que los temporales del invierno habian pasado. El mar estaba tranquilo, las lluvias habian cesado, i el viento soplabá con ménos fuerza. Los navegantes siguieron su viaje sin separarse mucho de la costa, i con el mismo rumbo que en meses atrás habia llevado Serrano en su desgraciada esploracion; pero al acercarse al rio de Santa Cruz, la tempestad habia vuelto a aparecer. El 26 de octubre, al entrar en ese rio, “faltó poco para que la escuadra naufragase a causa de los vientos furiosos que soplaban i de la gruesa mar que levantaban, dice el historiador de la espedicion; pero Dios i los cuerpos de los santos es decir los fuegos que resplandecian en la punta de los mástiles, nos socorrieron i nos salvaron” (15). Los fuegos producidos por la electricidad que en medio de las tempestades se dejan ver frecuentemente en los mástiles de las naves, habian orijinado una supersticion muy jeneralizada entre los navegantes de aquella época. Los marineros del tiempo de Magallanes creian que eran los cuerpos de San Telmo, San Nicolas i Santa Clara, como los antiguos creian ver a Cástor i Pólux, que venian en auxilio de los viajeros desventurados. Solo en nuestro siglo se ha dado una esplicacion racional a estos fuegos, i se ha desterrado para siempre esa supersticion (16).

En el rio de Santa Cruz pasó Magallanes cerca de dos meses. Ocuparon los castellanos este tiempo en hacer una buena provision de agua i leña, i en cojer i secar el pescado que ahí se encuentra en abundancia (17). El cronista Herrera refiere tambien que el 11 de octubre, a las diez horas i ocho minutos de la mañana, el capitan Juan Serrano bajó a tierra a observar un eclipse de sol, que debia tener lugar, si bien el resultado de sus observaciones no sirvió de nada para determinar la lonjitud de aquel lugar, que era lo que se buscaba (18).

(14) Diario de navegacion de Francisco Albo—Relacion de Maximiliano Transilvano.

(15) Pigafetta, *Viaggio* lib. I.

(16) V. la ilustracion VI.

(17) El capitan Fitz-Roi, al hablar de este puerto, da muchas noticias, i publica un plano i muchas vistas en el cap. XVI de sus *Voyages of Adventure and Beagle, between 1826 and 1836*, Vol. II.

(18) La manera confusa como Herrera (dec. II. lib. IX. cap. XIV.) da cuenta de la observacion practicada por Serrano; ha hecho creer a Amoretti, el ilustrado

La primavera habia aparecido definitivamente en aquellas rejiones. Los dias eran ya mucho mas largos que las noches; las tormentas habian calmado, el viento batia con ménos fuerza i el tiempo se presentaba propicio para emprender el viaje de esploracion en busca del estrecho deseado. El 18 de octubre, Magallanes mandó levar anclas, i dió a su escuadra el rumbo de sur oeste, siguiendo siempre la prolongacion de aquella costa. Los vientos del sur, reinantes en aquella estacion, que retardaban su marcha, no pudieron sin embargo embarazarla. Los marineros castellanos avanzaban con pavor por aquellos mares desconocidos, i por aquellas latitudes a donde jamas habia llegado navegante alguno; pero Magallanes, lleno de confianza i de resolucion, habia declarado a sus compañeros en la instruccion que les dió ántes de salir del rio de Santa Cruz, que estaba resuelto a seguir adelante hasta descubrir el estrecho, aunque le fuera necesario llegar hasta los 75° de latitud austral, i aunque las tormentas desaparejaran sus naves. Solo en caso de no hallar el estrecho, pensaba tomar rumbo al este, e ir a las Molucas por el sur del cabo de Buena Esperanza (19).

Dos dias se mantuvo la escuadrilla voltejeando a causa de los vientos contrarios que retardaban su marcha; pero, cambiado el viento, avanzó con toda felicidad hasta los 50° de latitud. El 21 de octubre, estando a distancia de cinco leguas de tierra, avistó una larga punta de tierra baja i arenosa que se extendia hacia el sur oeste. Las

editor de Pigafetta, que el cronista español asegura que el eclipse tuvo lugar en efecto; asercion que él contradice en vista del silencio que a este respecto guarda el viajero italiano. Herrera dice solo que a la hora señalada pareció desnudarse la claridad del sol «pero no en tal manera que el cuerpo del sol en todo ni en parte se pudiese haber oscurecido.» De su relacion se desprende que en las instrucciones que llevaban consigo los castellanos, sin duda las que les dió Faleiro en Sevilla, habia indicacion de un eclipse que debia tener lugar en ese dia, pero de ja ver que no fué visible en el lugar donde se hallaba Magallanes. M. Pingré en su *Cronologie des eclipses*, publicada en el primer volumen de *L'art de verifier les dates* (2.ª edicion) señala un eclipse solar que tuvo lugar el 11 de octubre de 1520, que no fué visible en la Patagonia, puesto que nada dicen a este respecto el *viaggio* de Pigafetta, el diario de Albo, ni los documentos que consultó el prolijo cronista Herrera i que no han llegado hasta nosotros.

El historiador portugues Fernando Lopez de Castañeda en su *Historia do descobrimento i conquista de Índia per los portugueses*, lib. VI, dice que Magallanes se sirvió de un eclipse de sol que se verificó el 17 de abril de 1520, para determinar «segun las reglas que le habian sido dadas por Faleiro, que habia 61° de diferencia de lonjitud entre Sevilla i el rio de Santa Cruz.» A ser cierto este hecho, probaria que los navegantes castellanos tenian en esa época reglas bastantes precisas para fijar la lonjitud de los lugares, puesto que la equivocacion seria solo de menos de dos grados; i basta leer el cap. IX, lib. V. dec. III, de la historia de Barros para penetrarse de las notables contradicciones que hallaban los castellanos al hacer las observaciones segun las reglas de Faleiro. Aparte de esto, el hecho asentado por Castañeda es completamente falso. Pingré en la obra citada no señala eclipse alguno en el 17 de abril de 1520; i en ese dia Magallanes i sus compañeros no se hallaban en el rio de Santa Cruz sino en la bahia de San Julian.

(19) Barros, Dec. III, lib. V, cap. IX—Carta del contador Lopez de Recalde.

naves se acercaron a reconocerla: era un cabo detras del cuál se distinguía una abra de algunas leguas de ancho. En recuerdo de la fiesta que aquel dia celebra la iglesia, el cabo fué denominado de las Once mil vírjenes, que conserva hasta hoi (20). Magallanes creyó desde luego que aquella era la entrada del estrecho que buscaba. Inmediatamente, dió orden a Mezquita i a Serrano que se adelantasen con las naves *San Antonio* i *Concepcion* a practicar un reconocimiento, miéntras él quedaba con las otras dos naves en elmismo lugar esperando su regreso. Los exploradores no debian tardar mas de cinco dias en aquella operación.

En la noche sobrevino una terrible borrasca que duró treinta i seis horas, i que obligó a las dos naves que habian quedado con Magallanes a abandonar las anclas i a dejarse arrastrar a merced de las olas i del viento. Las otras dos naves sufrieron el mismo temporal; e imposibilitadas para reunirse al resto de la escuadrilla, a causa de un promontorio que se levantaba en la orilla norte del canal, sin duda el cabo de la Posesion, se dejaron llevar por el viento al fondo de lo que creian que era solo una bahia, esperando vararse de un momento a otro. En el instante en que se creian perdidos, vieron una pequeña abertura, que tomaron por un recodo de la bahia, i se dirijieron hacia aquel punto. Era esta sin duda la angostura denominada ahora de Nuestra Señora de la Esperanza. Navegando siempre adelante, siguieron su viaje hasta una bahia, a que los españoles dieron mas tarde el nombre de San Gregorio. Allí se les presentó a la vista una nueva angostura, conocida despues con el nombre de San Simón, pasada la cual, los marinos entraron a una hermosa bahia, la mas espaciosa que hasta entónces hubieran visto en aquellos canales. La borrasca habia calmado entónces: los exploradores despues de reconocerlos lijeramente, creyeron que debian volver a reunirse con el jefe de la espedicion, para darle cuenta de lo que habian visto (21).

Magallanes, entre tanto, aguardaba por momentos el regreso de las naves exploradoras. Aunque no habia espirado el plazo que les señaló para su vuelta, comenzaba a temer que hubieran sucumbido en la tormenta que él mismo habia sufrido.

Desde los buques se divisaban en la tierra inmediata unas columnas de humo. Magallanes i sus compañeros conjeturaron que los que habian salvado del naufragio encendian fuegos para anunciarles su existencia i pedirles auxilio. “Pero, miéntras estábamos en esta incér-

(20) Diario de navegacion de Francisco Albo.

(21) Pigafetta, *Primo Viaggio* etc. lib. 1.

tidumbre, escribe el historiador de la expedición, vimos las dos naves surcando a velas desplegadas i con pabellones flotantes que venían hácia nosotros. Cuando estuvieron mas cerca dispararon muchos tiros de bombardas, lanzando gritos de alegría. Nosotros hicimos otro tanto; i cuando supimos por ellos que habían visto la continuación de la bahía, o por mejor decir, del estrecho, nos preparamos para seguir nuestro camino" (24).

Los marinos de cada una de las naves dieron a Magallanes diversas noticias acerca de la esploracion que acababan de practicar. Referían los de una que no habían hallado mas que algunos golfos de mar baja con altísimas riberas. Los otros decían que aquel era un estrecho, porque habían caminado tres días sin divisar salida, echando frecuentemente la sonda sin encontrar muchas veces el fondo. Habían notado además grandes corrientes, i muy pequeñas menguantes, lo que les hacía creer que aquel canal iba a vaciar sus aguas hácia el poniente en un mar desconocido.

Estas noticias vinieron a confirmar a Magallanes en sus convicciones. Inmediatamente, se adelantó con toda su escuadrilla hasta una legua adentro del canal. Allí mandó surjir, i despachó a tierra una chalupa con diez hombres para que reconociese la tierra vecina. Hallaron éstos una choza con mas de doscientas sepulturas de indios, porque segun su costumbre, viven de ordinario en el interior de sus tierras, i solo se acercan a las orillas del mar en la estacion de verano, i entónces entierran a los muertos. En la playa encontraron tambien una ballena muerta i muchos huesos de esos animales esparcidos por los alrededores, lo que les hizo creer que era lugar de grandes tormentas. Aparte de esto no encontraron hombre alguno, ni otros vestijios de que la tierra fuera poblada.

"Desde aquel sitio, dispuso Magallanes que la nao *San-Antonio* hiciera una nueva esploracion en los canales que corrían hácia el poniente. Este viaje no dió sin embargo por resultado el reconocimiento final que se esperaba. La nao volvió pocos días despues: Mezquira navegó cincuenta leguas sin hallar término a aquel canal, que parecía dilatarse todavía mucho mas. Entónces dió la vuelta a reunirse con el jefe de la expedición" (25).

Si algunos marinos se sobresaltaron con esta noticia, si creyeron que la travesía de aquellas angosturas presentaba gran peligro sin ofrecer esperanza de buen resultado, Magallanes, en cambio, cobró

(24) Pigafetta, *Viaggio*, lib. I.

(25) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XIV.

nuevos ánimos i se dispuso a emprender la marcha. Ya no le cabía duda que estaba en la embocadura del estrecho que habia buscado con tanto teson, que habia de llevarlo a los mares de la India, i que habia de inmortalizar su nombre.

CAPÍTULO VII.

Magallanes reúne a sus pilotos en consejo.—Estévan Gómez.—Combate el proyecto de Magallanes.—Penetra la escuadrilla en el estrecho.—Se separa la nao *San-Antonio*.—Magallanes consulta de nuevo a los capitanes de su escuadra.—Parecer del piloto Andres de San-Martin.—Se continúa la esploracion del estrecho.—Descubrimiento del mar Pacifico.—Sublevacion en la nao *San-Antonio*.—Llegan a Sevilla los sublevados.—Levántase en la corte un proceso para descubrir la conducta de ellos, i prision de los principales.

Resuelto a seguir adelante en su proyectado viaje, Magallanes quiso sin embargo oír el parecer de los capitanes i pilotos de su escuadrilla. Mandó que todos ellos se reunieran en la *Trinidad*, i que trajesen noticia cierta de los bastimentos que tenian las naves para continuar el viaje hasta las Molucas. La reunion tuvo lugar, en efecto: los capitanes dijeron que habia víveres para tres meses; i como el jefe de la expedicion se manifestaba tan decidido a llevar a cabo la proyectada empresa, los del consejo, sea por entusiasmo o, lo que es mas probable, por el respeto que Magallanes habia sabido inspirarles, declararon que no era digno de ellos dar la vuelta a Castilla sin haber consumado la obra que el rei les habia encomendado.

Entre los pilotos que asistieron al consejo, habia sin embargo uno que desde tiempo atras tenia queja de Magallanes. Era éste un pariente suyo, portugues tambien de nacimiento, llamado Estévan Gómez, que se habia enrolado en la expedicion por empeño de su jefe (1). El viajero Pigafetta, testigo presencial de estos altercados, refiere que Gómez aborrecia a Magallanes porque cuando éste pasó a España a hacer sus proposiciones al emperador para llegar a las Molucas por el oeste, Gómez habia pedido i estaba a punto de obtener algunas carabelas, para una expedicion de que él habria sido el jefe; pero que la empresa de Magallanes habia anulado sus proyectos, reduciéndolo a aceptar el puesto de piloto (2). No parece probable esta asercion del viajero italiano: Estévan Gómez se habia enrolado voluntariamente en la escuadrilla expedicionaria, cediendo solo al influjo de Magallanes; i quizá siempre habria marchado en buena armonía a no descubrir en el jefe ciertas preferencias que hirieron su amor propio.

(1) Barros, dec. III, lib. V, cap. VIII.

(2) Pigafetta, *Viaggio*, lib. I.

Cuando, a consecuencia de la desobediencia de algunos capitanes, Magallanes dió a su primo Alvaro de Mezquira el mando de la nao *San Antonio*, Gómez se ofendió de esta distincion i se creyó injuriado con la elevacion de un hombre que se habia embarcado en el rango de sobresaliente, i la postergacion suya, que desempeñaba el cargo de piloto. Estos antecedentes esplican los sucesos que tuvieron lugar en la escuadra.

En el consejo de los capitanes, cuando éstos i los pilotos apoyaban el parecer de Magallanes, Gómez se atrevió a espresar una opinion contraria. Espuso allí que puesto que ya se habia hallado el estrecho para pasar al otro mar i llegar a las Molucas, era tiempo de volverse a Castilla, porque si encontraban largas calmas o tempestades en el dilatado viáje que tenian que hacer, perecerian todos, o por falta de víveres o por causa de las borrascas. Magallanes aparentó gran calma al oír este discurso; pero con la resolucion que le era característica, contestó que aunque supiese que tendria que comer en la navegacion los cueros de vaca en que iban forradas las antenas de las naves, él no volveria atras hasta no descubrir lo que habia prometido al emperador, porque esperaba que Dios lo ayudaria en aquella empresa (3).

Era de temerse que esta oposicion fuera el principio de nuevas disensiones en la escuadrilla. Estévan Gómez no era un piloto vulgar. Por sus conocimientos, su enerjia i su carácter gozaba de gran crédito entre sus camaradas. Magallanes divisó el peligro; i ántes de emplear las medidas de rigor, como habia tenido que hacerlo en la bahía de San Julian, prefirió embarazar todo proyecto de resistencia. Mandó pregonar en las naves que al dia siguiente muy de mañana se emprenderia el viáje, ordenando ademas que estuviese todo pronto para este objeto, i prohibiendo bajo pena de la vida que se hablase de las dificultades de la empresa i de la falta probable de víveres.

El dia siguiente, en efecto, la escuadrilla se hizo a la vela pasando por los mismos sitios que poco ántes habian reconocido las dos naves

(3) Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XV.—Pigafetta refiere que cuando dudaban los compañeros de Magallanes de que aquel canal fuese el estrecho buscado, éste dijo que estaba seguro de ello por haberlo visto trazado en una carta de marear dibujada por Martin Behaim, que se conservaba en la tesoreria del rei de Portugal.—V. la *Ilustracion* núm. III.

(4) Para comprender mejor la esploracion del estrecho puede verse la carta levantada en 1767 por los marineros que componian la expedicion francesa de M. de Bougainville, publicada con la relacion de su viáje en 1772; la que dieron a luz en 1788 los marineros españoles de la fragata *Santa Maria de las Cabezas*, i que acompaña igualmente a la relacion del viáje; i la que levantó la comision hidrográfica inglesa bajo la direccion de los capitanes King i Fitz-Roy, que es, sin disputa, la mejor de todas. Las cartas anteriores son defectuosísimas.

esploradoras bajo el mando de Mezquira i de Serrano. Pasaron por las dos angosturas ya exploradas, i llegaron hasta la bahía de San Bartolomé, enfrente de unas islas de diferentes tamaños (4). Magallanes se adelantó todavía un poco mas, pero volvió luego a aquella bahía, donde echó el ancla. Al principio, el paisaje que se presentó a la vista de los navegantes era triste i pobre; estendidas playas de arena batidas por un viento frio, eminencias desprovistas de vejetacion i rocas áridas i peladas fué todo lo que vieron en la primera parte del estrecho. Mas adelante, el paisaje cambió repentinamente: las alturas inmediatas a la costa estaban cubiertas de árboles de agradable vista, el suelo se veía tapizado de verde yerba, i un cielo despejado que realizaba las bellezas del paisaje, hicieron decir a los españoles que las tierras de una i otra parte del estrecho eran las mas hermosas del mundo (5).

En esta exploracion, Magallanes se habia fijado particularmente en las tierra de la parte norte del estrecho, que suponía que seria el término del nuevo continente. En las tierras del sur habia divisado en las noches algunas fogatas esparcidas en diversas partes de la costa. Llamólas por este motivo Tierra del fuego (6), nombre que han conservado hasta hoi. En esas mismas tierras, habia distinguido la embocadura de un canal, sin duda el de San Jerónimo, que se dilataba al sur-este entre unas sierras cubiertas de nieve, con las apariencias de un nuevo estrecho. Inmediatamente, mandó que las naos *San Antonio* i *Concepcion* fuesen a hacer un reconocimiento por aquel lado, con encargo de volver en el término de cuatro dias (7). La primera de estas naves marchó a velas desplegadas a hacer esta exploracion: la segunda se quedó muy atras, i volvió en breve a juntarse con Magallanes sin haber adelantado gran cosa ea el reconocimiento.

Mientras la nao *San-Antonio* practicaba esta exploracion, la escuadrilla pasó un poco mas adelante, pero volvió en seguida al lugar señalado para la reunion de todas las naves. Allí pasaron seis dias los marinos castellanos ocupados en pescar sardinas i róbalos, que habia en gran abundancia, i en hacer provisiones de agua i de una leña olorosa que recojieron en cantidad. Inquietos por la tardanza de la nave que mandaba Mezquira, Magallanes mandó que la nao *Victoria* fuera

(5) Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XV.—Véase la prolija descripción del estrecho, i sus terrenos i producciones en el *Viaje de la fragata Santa Maria de la Cabezas*, páj. 292 i siguientes.

(6) Maximiliano Transilvano, *Relacion etc.* § IX—Oviedo, *Hist. jeneral de las Indias*, tom. III, parte II, lib. XX, cap. I.

(7) Carta citada del contador Lopez de Recalde, Pigafetta, *Primo viaggio*, lib. I.

en su busca; pero volvió en breve sin haber podido hallarla. En medio de la inquietud que esta tardanza podía producir, i cuando las otras naves se preparaban para ir en su busca, el piloto Andres de San-Martin dijo a Magallanes que no gastase tiempo en buscar la nave perdida, porque suponía que se había vuelto a España (8). El jefe de la expedición creía también o que los marinos de aquella nave se habían sublevado contra Mezquita i cambiado su rumbo, o que habían naufragado en el canal que debían explorar (9). Quiso sin embargo, esperar todavía algunos días i aun hacer algunas pequeñas exploraciones por ver si lograba reunirse con sus compañeros; hasta que disgustado por la pérdida de los víveres que llevaba aquella nave, i convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, se determinó a seguir la marcha. Navegando al sur, según la inclinación de la costa, los castellanos llegaron a un cabo, el de San Isidro, donde se estrecha algo más el canal, i en seguida, cambiando el rumbo hacia el sur-oeste, avanzaron hasta la punta más meridional del continente, que los españoles llamaron más tarde morro de Santa Agueda, i los ingleses cabo Foward. Allí observaron los pilotos la posición geográfica del lugar, i la fijaron en 53°, 40' de latitud sur (10).

Basta mirar una carta moderna del estrecho para comprender a qué grado de precisión habían llegado los navegantes españoles de principios del siglo XVI para fijar la latitud de los lugares que recorrieron. Con escasos conocimientos astronómicos, con instrumentos de observación sumamente imperfectos, ellos señalaban con muy poca diferencia la verdadera situación de los lugares con respecto a la línea equinoccial. No sucedía lo mismo en la designación de las longitudes, problema que parecía entonces casi irresoluble, i que dió lugar a que se tuviera por locos a los hombres que, como Faleiro, el primer compañero de Magallanes, se empeñaban en su estudio i llegaban a fijar algunas reglas (11).

Desde ese cabo que forma la estremidad sur del continente americano, Magallanes fijó el rumbo al noroeste, i siguió navegando hasta una ensenada situada a los 53°. La es cuadra fondeó en este lugar

(8) Herrera, loc. cit.

(9) Max: Transilvano, Relacion, § IX.

(10) El capitán King fijó la latitud del cabo Foward en los 53° 53' 53" *Voyages of Adventure and Beagle*, Vol. I.

(11) Barros, déc. III, lib. V, cap. VIII i IX.

Navarrete ha compuesto una interesante i erudita *Memoria sobre las tentativas hechas i premios ofrecidos en España al que resolviera el problema de la longitud en el mar*. Habiendo quedado inconclusa dicha memoria, un nieto del autor, don Eustaquio Fernández de Navarrete, la terminó i la publicó en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tom. XXI.

por orden de su jefe. La separacion de la nao *San Antonio* le hacia temer nuevas discensiones entre sus subalternos. Sabia bien Magallanes que casi todos éstos marchaban a su pesar, embargados por el temor que él habia sabido inspirarles, i que aprovecharian a primera oportunidad que se les presentara para sublevarse. La pérdida de su pariente Alvaro de Mezquira, que reducía el número de los hombres de su confianza en la escuadrilla expedicionaria, no era ménos sensible para Magallanes: pero, si él pesaba en su interior estos contratiempos, no le faltaba ánimo para hacer frente a las dificultades de su situacion. Queriendo evitar reuniones peligrosas en su propia nave, a la vez que conocer cuáles entre los capitanes, pilotos, maestros i contra-maestros eran contrarios a la expedicion, espidió el 21 de noviembre una circular a todas las naves, pidiendo el parecer de los hombres caracterizados de cada una de ellas acerca de lo que deberia hacerse. Decia allí que él nunca desechaba el parecer de los demas, i que servir mal al emperador i faltaban al juramento que a él mismo le habían prestado los que no lo ayudaban con sus consejos. "Por lo cual, agregaba, os mando de la parte de dicho señor, i de la mia ruego i encomiendo que todo aquello que sentís que conviene a nuestra jornada, así de ir adelante como de volvernos; me deis vuestros pareceres por escrito, cada uno de por sí, declarando las cosas i razones porque debemos de ir adelante, o volvernos; no teniendo respeto a cosa alguna porque dejes de decir la verdad; con las cuales razones diré el mio i determinacion para tomar conclusion en lo que hemos de hacer."

No se conoce la contestacion que darian todos los marineros a esta consulta; pero el cosmógrafo Andres de San-Martin, que servía de piloto en la nao *Victoria* dió un informe contra la prosecucion del viaje. Sea que hubiera recibido ofensas graves de Magallanes, como los enemigos de éste dijeron en España (12), o lo que es mas probable que temiera por el resultado de la expedicion, San-Martin dió un estenso i respetuoso informe, en que aconsejaba al jefe de la escuadrilla que despues de reconocido el estrecho, diera la vuelta a Castilla. El hábil piloto dudaba que por aquel camino se pudiera llegar a las islas de la especería, pero representaba el mal estado de las na-

(12) El contador Lopez de Recalde dice en su carta citada que en la bahía de San Julian, Magallanes aplicó tormento a San-Martin porque habia hecho una carta del viaje, que arrojó luego al mar. «La hizo dar, dice, tres tratos de cuerda con servidores de lombarda a los pies, en que le desconyuntó.» Esta noticia no consta de ninguna otra autoridad; i es probable que sea solo una invencion para acusar a Magallanes ante el rei.

ves, la falta de víveres, el abatimiento i debilidad de la jente, las frecuentes borrascas de aquellos mares, i la estremada prolongacion del viaje. “Yo tengo dicho lo que siento, añadía al concluir, i lo que alcanzo por cumplir con Dios i con vuesa merced, i con lo que me parece servicio de S. M. i bien de la armada: vuesa merced haga lo que le parezca.”

Magallanes no habia abrigado el propósito de dejarse convencer por esas representaciones. Pensaba siempre en seguir adelante aunque fuera contra la voluntad de todos sus subalternos. Con este fin, dió a los capitanes una prolija instruccion de los motivos que tenia para llevar adelante su viaje, ordenando que todos lo siguiesen, pues con la proteccion divina habia de llegar a buen término. Notificada esta resolucion en las naves, Magallanes mandó levar anclas el siguiente dia en medio de las salvas de sus arcabuceros (13).

La escuadrilla siguió navegando el estrecho con rumbo al noroeste; pero Magallanes no podia resignarse a abandonar aquellos canales sin adquirir nuevas noticias acerca de la nave *San-Antonio*. Se detuvo todavía en la embocadura de un riachuelo, que ofrecia a la escuadra abundante pesca de sardinas, i mandó que la nave *Victoria* volviese atras. Duarte Barbosa, que mandaba este buque, no habiendo hallado a sus compañeros, plantó una bandera en una altura inmediata a la bahía de la Posesion (14), en cuyo pié puso una marmita con una carta en que señalaba el rumbo de la expedicion, i dió la vuelta a juntarse con Magallanes. Mientras tanto, una chalupa habia ido a explorar la desembocadura occidental del estrecho. Los hombres que la montaban, se acercaron al lado de la Tierra del fuego, i observaron de paso diversos canales, que lá cortaban formando islas diversas. Al llegar a la última de éstas, detras de una punta cubierta de arrecifes, descubrieron un mar inmenso que se extendia sin límites hácia el oeste. Volvieron al tercer dia, i anunciaron que habian visto el cabo en que acababa el estrecho: “Todos lloramos de alegría, dice el historiador de la expedicion. Aquella punta fue llamada cabo Deseado, por que en efecto deseábamos verlo desde largo tiempo” (15).

(13) Barros, dec. III, lib. v, cap. 9. El historiador portugués, que ha consignado en su célebre historia estos importantes documentos, refiere que él tenia en su poder el libro de diario del piloto Andres de San-Martin, que falleció en el viaje, i que de él sacó la instruccion de Magallanes, el informe del piloto i muchas otras noticias referentes a esta navegacion.

(14) Talvez en los montes que Bougainville, en recuerdo de un romance de caballerías mui popular en Francia, denominó Aymond i sus cuatro hijos. Véase su *Voyage autour du monde par la fregate du Roi la Boudense* etc., Paris, 1771, Part. I, cap. VIII, páj. 125.

(15) Pigafetta, *Primo Viaggio* Lib. I.

Ya no era posible esperar mas tiempo a la nave *San-Antonio*. Después de las últimas noticias, los castellanos siguieron su viaje por el estrecho. En el silencio de esas soledades, Magallanes oía las repercusiones i bramidos del mar al otro lado de las tierras del sur, i sin querer explorarlas detenidamente, creyó que el país que habia denominado Tierra del fuego debia ser formado por algunas islas cortadas por canales (16). Aquellas rejiones parecian enteramente despobladas; los castellanos no habian visto un solo hombre en todo el estrecho, pero los fuegos que divisaron en las tierras del sur i las sepulturas que encontraron en la costa del continente, les hicieron creer que los habitantes de aquellos países estaban retirados hácia el interior. En la escuadrilla habia, además, dos patagones tomados en la bahia de San-Julian, que pudieron darles noticias acerca de los pobladores de esas rejiones. Uno de ellos se habia quedado en la nave *San-Antonio*; pero el otro estaba en la escuadrilla, donde era objeto de la curiosidad de los marineros, i particularmente de un prolijo investigador. “Durante el viaje, yo entretenia lo mejor que me era posible al gigante patagon que estaba en nuestro navio; i por medio de una especie de pantomima, le pregunté el nombre patagon de muchos objetos, de manera que llegué a formar un pequeño vocabulario. Se habia acostumbrado tanto a esto, que apenas me veía tomar la pluma i el papel, se acercaba a decirme los nombres de los objetos que tenia a su vista i de las operaciones que veía hacer. Un dia que le mostré la cruz, me hizo entender por sus jestos que *Setebos* (17) se me entraria en el cuerpo i me haria reventar. Sintiéndose enfermo, i creyendo próximo el fin de sus dias, pidió la cruz que besó, i nos pidió que lo bautizáramos. Lo hicimos en efecto, dándole el nombre de Pablo” (18). El patagon murió poco después de la salida del estrecho.

El 27 de noviembre de 1520, la nao *Victoria*, que iba adelante de las otras, descubrió una punta, desde donde las costas del norte cambiaban violentamente de direccion. Aquel sitio fué denominado cabo Victoria, en honor de la nave que lo habia descubierto. Después de ese cabo, estaba el grande oceano que buscaba Magallanes para seguir su viaje a las islas de la Especeria. Los españoles, i el mismo Magallanes, dieron al estrecho el nombre de *Todos los Santos*, en recuerdo de la fiesta que celebra la iglesia el 1.º de noviembre, día en

(16) Maximiliano Transilvano, *Relacion* § ix.

(17) El gran demonio.—D’Orbigny no señala esta palabra entre las que apunta del idioma patagon.

(18) Pigafetta, *Viaggio*, lib. I.

que entraron en sus canales. La posteridad, mas justiciera con el navegante portugues de lo que fué con la mayor parte de los descubridores de su siglo, le dió el nombre que hoy conserva (19).

Magallanes habia empleado cerca de un mes en pasar el estrecho que habia buscado con tanto ahinco. Una parte de este tiempo habia sido empleado en exploraciones inútiles, en discusiones con sus subalternos, i en esperar que se les reuniera la nave *San-Antonio*; de que no se tenia noticia cierta. Por desgracia, las sospechas de una sublevacion a bordo i de su vuelta a España, de que le habia hablado el piloto San-Martin, tenian sobrado fundamento.

Parece que desde que esa nave fué despachada por Hernando de Magallanes para reconocer un canal en las tierras del sur, el piloto Estévan Gómez i otros amigos suyos habian concebido el proyecto de separarse de la escuadrilla expedicionaria. Ellos, sin embargo, no revelaron mas tarde este proyecto, i refirieron el suceso de la manera que pasamos a contarlo.

Los marinos de la nave *San-Antonio* practicaron el reconocimiento de aquel canal sin resultado alguno; i al tercer dia volvieron a reunirse con la escuadrilla en el lugar que les habia indicado Magallanes. No hallaron allí buque alguno: las otras naves habian pasado adelante ese dia en reconocimiento del estrecho. El capitan Alvaro de Mezquira quiso entónces seguir el viaje para reunirse con Magallanes; pero el piloto Estévan Gómez i el escribano Jerónimo Guerra se oponian a este proyecto, i trataban de volver a España. La discusion debió ser demasiado acalorada, a tal punto que Mezquira, viendo desconocida su autoridad, determinó hacerse respetar por la fuerza, i dió una estocada en una pierna al piloto Gómez. Este a su vez sacó su espada, e hirió al capitan en la mano izquierda. Mezquira no gozaba de prestigio alguno entre los hombres de la tripulacion: el odio que los castellanos tenian a Magallanes por los sucesos del puerto de San-Julian se habia estendido a su pariente, que habia desempeñado un papel principal en las ejecuciones que se siguieron a aquel motin. Así, en vez de ayudarlo contra el piloto revelado, los marinos se echaron sobre él i lo apresaron. En seguida, fué nombrado capitan de la nave el escribano Guerra, quien mandó cambiar el rumbo, i seguir viaje a España.

(19) Véase la *Ilustracion* núm. VII.

(20) El historiador portugues Juan de Barros, dec. III, lib. V, cap. IX, es quien ha consignado esta noticia, sin decir si hallaron o no a los dos confinados.—Argensola en su *Historia de la conquista de las Molucas*, lib. I, páj. 17, dice espresamente que los rebeldes los encontraron i los llevaron a Castilla. Este es un error, como se verá mas adelante.

Los amotinados trataron de recojer en su nave al veedor Juan de Cartajena i al clérigo Pedro Sanchez de la Reina, que Magallanes había dejado en la costa patagónica; pero sea que desistieran de este pensamiento, para no perder tiempo en su viaje, o que no los hallaran en el sitio en que habían quedado, continuaron su navegación inclinándose hácia la costa de Africa (20). No tardó mucho en hacerse sentir la falta de víveres en la nave. Fué necesario reducir el alimento de cada persona a tres libras de pan por dia. El patagon que iba en esa nave, falleció ántes de llegar a España.

Durante el viaje, los sublevados levantaron una información de lo ocurrido en la escuadrilla, para justificar su conducta ante el rei. Habiendo aplicado tormento al capitán Mezquira, obtuvieron de él las declaraciones que quisieron para su descargo; i al arribar a Sevilla el 6 de mayo de 1521, se presentaron a los oficiales de la casa de contratación i entregaron al preso. Dijeron que las crueldades consumadas por Magallanes tenían por oríjen los requerimientos que le habían hecho para que guardase el órden fijado por las provisiones reales; añadiendo que el jefe de la es cuadrilla no llevaba rumbo fijo en su viaje i que perdía el tiempo i consumía los bastimentos sin provecho alguno. El suegro de Magallanes, Diego Barbosa, que, como queda dicho, desempeñaba el cargo de teniente alcalde del alcázar de Sevilla, salió a su defensa, i pidió la libertad del capitán Mezquira. Nada pudo conseguir sin embargo: los oficiales de la contratación levantaron un sumario, i recibieron declaraciones de cincuenta i cinco personas que iban en la nave, tomaron preso a Jerónimo Guerra, al piloto Estévan Gómez, a los sobresalientes Juan de Chinchilla i Francisco de Angulo, i dos marinos mas que parecían los mas complicados en la sublevación. Los demas fueron puestos en libertad para evitar gastos inútiles. El contador de la contratación, Juan Lopez de Recalde se encargó de dar cuenta de todo al cardenal rejente del reino, durante la ausencia de Carlos V (21), i al presidente del consejo de Indias.

La conducta de los oficiales de la contratación fué aprobada en la corte. Se mandó que se vijilara a la mujer e hijos de Hernando de Magallanes, para que no pudieran fugarse al Portugal, i que se trasladase a los presos a Burgos, donde residia la corte, para tenerlos seguros hasta que pudiera descubrirse la verdad de todo lo ocurrido en el viaje. Se dispuso tambien que no se les pagase sueldo alguno has-

(21) Este informe es la carta tantas veces citada del contador Lopez de Recalde.

ta que no se ajustaran las cuentas de cada uno de ellos. El proceso debía necesariamente ser largo, puesto que solo a la vuelta de Magallanes o de su escuadrilla podía llegar a término; pero el castigo de los procesados comenzaba desde entónces. Hechos de esta naturaleza no son raros en los juicios que se siguieron a los esforzados varones que descubrieron i conquistaron el nuevo mundo.

El consejo de Indias se acordó tambien de aquellos dos desgraciados que Magallanes dejó en la costa patagónica, i particularmente de Juan de Cartajena, que ocupaba una posicion mas espectable que su compañero de infortunio. Mandó que la casa de contratacion enviase una nave a buscarlos; pero parece que jamas se logró este resultado (22). Ni en los historiadores contemporáneos, ni en los documentos mas prolijos se encuentra mencion de que hubieran vuelto a España aquellos dos personajes. Se puede decir casi con seguridad que la justicia de Magallanes se hizo tan cumplida como él lo habia querido.

BIBLIOTECA NACIONAL.—Su movimiento en los meses de enero i febrero de 1864.

RAZON DE LOS PERIÓDICOS, OBRAS, OPÚSCULOS I FOLLETOS QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA, HÁN SIDO DEPOSITADOS EN ESTE ESTABLECIMIENTO.

I.

Periódicos.

Araucano; desde el núm. 2626 al 2643.

Anales de la Universidad; entregas correspondientes a los meses de noviembre i diciembre de 1863.

Bien público; desde el número 34 al 48; i concluyó

Correo del Sur; desde el núm. 298 al 321.

Correo de Italia; los números 62 al 69.

Correo de la Serena; desde el núm. 498 al 505.

Constituyente; desde el núm. 597 al 640.

Copiapino; desde el núm. 3832 al 3875.

Estrella de Chile; desde el núm. 31 al 39.

Ferrocarril; desde el núm. 2482 al 2538.

Gaceta de los Tribunales; desde el núm. 1121 a 1129.

(22) Carta de Lopez de Recalde de 12 de mayo de 1521.—Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XV, i dec. III, lib. 1, cap. IV.—Representacion hecha al rei por Diego Barbosa, en 1523. Este documento has ido publicado por Navarrete en la pág. 298 del tomo IV de su *Coleccion*.